

TEMA 20

PUENTE TENDIDO ENTRE EL PECADO Y LA SALVACIÓN : MARIA

LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS

Breve comentario y 2 minutos de silencio

Textos : Gn. 3, 9-15.20 y Lc.1,26-38

Un minuto de silencio – Plegaria de interiorización de la Palabra de Dios

ENTRANDO EN EL TEMA

El pasado miércoles, día 8 de Diciembre, la liturgia de la Iglesia celebraba la fiesta de la Inmaculada concepción de María (La Purísima).

Como siempre, la liturgia, tan inteligentemente estructurada después de 2.000 años de experiencia, nos propone, en la celebración de la Eucaristía de este día, unas lecturas del Antiguo y otras del Nuevo Testamento que reflejan, a partir de María, madre de Jesús, por una parte el misterio de oscuridad de la debilidad y el pecado del hombre y por otra el aún mas grande misterio de la salvación gratuita por parte de Dios a través de esta joven hija del pueblo de Israel.

En la primera lectura, como hemos visto, queda bien reflejado el marco en que se encuadra el pecado de toda la humanidad representada en forma mítica por los personajes del Génesis, Adán y Eva : el orgullo. Todos, sin excepción somos reacios a reconocer nuestros errores y culpabilidades. Adán se siente desnudo ante Dios, o sea vacío, lleno de miedo y vergüenza, culpable. Y al ser preguntado del porqué de su maldad (de haber comido de la “fruta prohibida”) huye de su responsabilidad personal y culpabiliza al otro de su pecado : “La mujer que me has dado me ha ofrecido...” Esta, a su vez pasa la culpa a la serpiente. Exactamente hacemos nosotros : la culpa no es mía, es del otro.

El orgullo, el mas horrendo de los pecados que nos esclavizan y que los condensa a todos, nos impide reconocer que la verdadera causa de nuestras caídas, de nuestros errores, de nuestros pecados, de nuestra insolidaridad, egoísmo, avidez desordenada de placer, **es el mal uso que hacemos de nuestra libertad.** Por tanto la responsabilidad de nuestros desórdenes no es del otro, sino mía, del todo mía y de nadie mas. Nos falta la humildad necesaria y una vigorosa valentía cargada de honestidad y de verdad para asumir plenamente y con sinceridad esa verdad tan elemental. Eso fueron Adán y Eva. Eso seguimos siendo cada uno de nosotros : Yo soy inocente. La culpa es de los demás, de la sociedad...de quien sea. De todos, menos mía. Parémonos unos

minutos a reflexionar sinceramente en esa dolorosa realidad, a comentarla entre nosotros, a ver nuestra implicación en ella.

“Pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”, nos dice S.Pablo (Ro. 5,20). Maria aquí entra plenamente en escena. Ella, una joven israelita, que exteriormente no se distinguía en nada de las demás, mientras estaba como extasiada en profunda oración de acción de gracias al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, recibe la visita del ángel Gabriel que la proclama “llena de gracia”. Humilde y sencilla de corazón, queda turbada por tales palabras de elogio. No acierta a comprender el gran misterio que se le anuncia. No entiende nada. Pero su fe y confianza en Dios pueden más que su perplejidad y ante tal anuncio, que trasciende su comprensión, solo tiene una respuesta : *“Soy la esclava del Señor : que se cumplan en mí tus palabras”*. Maria, libre como nosotros, podía no haber aceptado la misión que se le encomendaba, pero ella se sentía la “humilde esclava” de su creador. No cabía el orgullo en su corazón. Su sencillez y transparencia la hacían receptiva a la novedad y fiel al amor. Desde su infancia siempre respondió libremente y con amor a las llamadas de Dios y de la vida. El secreto de tal conducta radicaba en sentirse muy amada y protegida por su Dios, por ello le hacía confianza total. Quien se siente amado se siente transformado

Desde el sí incondicional de Maria, queda ésta constituida en la radiante aurora que precede al sol de la gracia : Jesús, el Salvador, el Redentor de toda la humanidad, luz para toda la historia, ancla segura de salvación para nosotros, pecadores, esperanza absoluta de la victoria sobre todo el mal que aflige al mundo. Alegría y gozo para todos los hombres y mujeres que han sido, son y serán.

Este portentoso misterio de la encarnación del Verbo de Dios en las purísimas entrañas de Maria, por obra del Espíritu Santo debe movernos a un amor y confianza total hacia ella. Dichoso el que confía, ama y acude con fe y esperanza a Maria, nuestra dulce madre.

Maria es la hija predilecta escogida por el Padre desde toda la eternidad. Es madre del Hijo que la llenará de un gozo y de dolor a la vez, porque un día compartirá, con Él su pasión y muerte. Es también la esposa preferida del Espíritu Santo que, al cubrirla con su sombra y aliento, engendra en Ella a Jesucristo, Verbo de Dios hecho carne, igual en todo a nosotros menos en el pecado “El, que era de condición divina, no quiso guardar celosamente su igualdad con Dios, sino que se humilló : tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres; se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (Fl.2,8).

Maria, pues, constituye el paradigma, el ejemplo, para nosotros, de nuestra conducta en la vida. Desde el gran don de la libertad que, igual que ella poseemos. Ante los caminos opuestos del orgullo y el egoísmo (prefigurados en Adán y Eva), y la senda de fidelidad a nuestro Dios y Señor (ejemplarizados en Maria), debemos esforzarnos en decir siempre un sí decidido, gozoso y comprometido al que es el único Camino, la Verdad y la Vida.

Si esta es nuestra postura permanente, la dirección emprendida, nuestra felicidad está garantizada y la paz del corazón será siempre nuestra compañera. Naturalmente ello no nos exime del esfuerzo en este caminar, ni nos aparta del dolor y de la cruz... como Maria.

El bien o el mal : dos opciones ofrecidas a nuestra libertad. Tenemos que optar por uno de los dos caminos. Y eso cada día, cada minuto, siempre. Solo el amor y la gracia que debemos pedir al Señor pueden hacer el milagro de mantenernos fieles al compromiso de nuestro bautismo que siempre nos ayudará a hacer la opción por el bien. Así nos construiremos como personas responsables, solidarios de los demás, ángeles que también anunciarán al mundo la gran noticia del evangelio : ¡ Dios nos ama, Dios nos ofrece el perdón sin límite, Jesús ha muerto por eso, para que tomemos esa decisión. Nos quiere felices y por ello se lo jugó todo, hasta la misma vida.

*Dulce Virgen Maria, madre de Dios
y madre nuestra, ruega por nosotros
que confiamos plenamente en ti...*

